

El ángel de la venganza

Gerardo de la Concha

Los demonios de los celos sexuales —una de las manifestaciones más cabales del Infierno— toman la palabra en este relato de Gerardo de la Concha, uno de los narradores más destacados de la literatura mexicana contemporánea y autor, entre otros, de Réprobos y devotos, publicado por la UNAM.

*Se alegrará el justo cuando venga la venganza;
sus pies lavará en la sangre del impío
entonces dirá el hombre: ciertamente
hay galardón para el justo;
ciertamente hay Dios que juzga en la Tierra.*

(Salmos 58-10-11)

*En el Infierno aparece un ángel
solo esta única vez a las puertas
de la civitas Diaboli. Tiene
este ángel algo de inmovible,
de despiadado.*

Romano Guardini
(El ángel en *La Divina Comedia* de Dante)

Sentado al borde de la cama de pronto lo dijo, mirando fijamente la pared blanca:

Se ha abierto la puerta y ellos, que estuvieron encerrados tantos años, han salido: el niño, el perro enfermo y la Bestia y ahora habrán de acompañarme siempre, van a estar cerca de mí el niño de ojos grises, callado; el perro enfermo que camina lentamente y la sombra maligna de la Bestia.

Después de que habló así, volteó a ver a Rebeca, quien lo contemplaba con actitud serena y compasiva; se vio él los pies desnudos, al hablar, en momentos hacía pausas y se quedaba con la boca entreabierta, de manera evidente era un ser triste y quién no habría de estarlo si tiene como compañía a seres tan especiales y melancólicos.

Han pasado ya varios meses de una crisis que los sacerdotes y los literatos y los médicos, quienes tratan del alma, del espíritu y de la mente, podrían en síntesis llamarle, todos, una “crisis existencial” involucrando todo lo que una persona es: su pasado, su carácter, su circunstancia y ahora, en esta tarde en la cual el Sol transmitía su espléndida calma a través de los rayos que declinantes entraban por la ventana iluminando los rincones de la habitación, después de que Charly había tomado sus medicamentos, sus palabras describían lo más fervoroso de su historia, es decir, la presencia del perro enfermo, del niño y de la Bestia, habrían de ser, dado lo que se había convertido esta vida, en algo más que un símbolo. Pensemos, por ejemplo, en lo que es un perro enfermo, no hay quizás en toda la Tierra un ser más desvalido, si lo vemos después de haber sido vigoroso, lleno de fuerza o de gracia, ejemplo eterno de fidelidad, echado, sufriendo todo el peso del mundo, representando la decadencia inevitable del ser; lo que

es un niño, cuando el trato de los hombres nos reserva siempre la disputa, el disgusto, los problemas, las contrariedades, aquello que va formando el fluir inevitable de la vida dentro de la vulgaridad de lo cotidiano, resplandece él como las estrellas en la noche, como el brillo del Sol sobre el mar; es puro y si ahora nos imaginamos al niño en su inocencia junto al perro enfermo, con la historia latente que será vida, entonces a la tristeza de un ser desvalido le unimos la frágil alegría del ser que se anuncia o que vale realmente como anuncio, pues no se ha descompuesto todavía; seguramente todo ello compone un cuadro muy bello en el fondo, aunque Charly sabía que habían salido a su existencia no sólo el niño y su gracia, el perro enfermo y su dolor, sino también la Bestia oscura, la de ojos amarillentos, que exhala su aliento de vómito y a veces se llena de furia o asume el silencio terrible donde las pesadillas se anidan: ¿y cómo conjurar a la Bestia si trae su aviso de descomposición?

Ella reconocía en las palabras de Charly una revelación, sabiendo que él puede tener del adulto el cuerpo, la voz, pero que su alma, su carácter y su inteligencia, así viviera ochenta años, seguirían siendo las de un niño y él se daba cuenta, era el niño que se había liberado. No dudo en confesar que compartí con *ella* también el sentimiento de compasión por un niño sobreviviente de tantos avatares, ahora contrito, contrahecho, confesando su desventura.

Déjenme decirles antes de que siga toda esta historia lo que pienso de Charly. A veces me da mucha risa, al entrar a la casa si yo camino por el patio mis tres perros me acompañan sumisos y con respeto, mis tres hermosos pastor alemán, fieros para cuidar la vivienda; en cambio, si el patio lo atraviesa Charly estos tres malvados lo rodean inmediatamente, le echan sus patas encima, él se paraliza, no sabe qué hacer, tiene que salir alguien a rescatarlo, es tan débil, en esos momentos paso

de la risa al coraje, no puede ser que una persona sea tan vulnerable, cualquiera en la casa les grita a mis perros y ellos se echan a correr, pero no Charly, él aprieta los puños, cierra los ojos y casi siempre le derriban.

La azotea de la casa está llena de una docena de pequeños perros callejeros escandalosos, recogidos por Charly y qué decir de los gatos que también ha llevado rescatados de oscuros lotes baldíos, tuvimos que prohibirle de manera terminante que siguiera convirtiendo nuestra casa en un asilo de animales perdidos y desdichados.

En verdad este Charly se pasa de bondadoso, podrá decirse que es imposible que pise una hormiga sin que sienta una conmoción interna y durante mucho rato se sienta culpable, se conmueve; es tan vulnerable, hemos pensado Rebeca y yo que no salga ya a la calle, da miedo lo que pueda pasarle, es peligroso pues si se distrae pueden atropellarlo. En muchas circunstancias las personas no saben cómo tratarlo porque no saben quién es o qué le pasa, por qué es así, con ese andar que ya le hemos criticado de cuasimodo, como si una gran joroba inclinara su cuerpo y lo hiciera renguear, qué manera de caminar; una vez pasó junto a una librería donde en mesas exteriores exhiben libros y venden discos y en una grabadora estaba puesta una canción de los años sesenta que se llama “Aquellos fueron los días”, nostálgica como todas esas canciones que se refieren al tiempo pasado, a la juventud que se ha ido, al amor que floreció y ya no existe, ahí Charly se detuvo y frente a todos comenzó a llorar ruidosamente; es indudable que la gente no sabe enfrentar a un hombre grande quien de pronto está llorando de esa manera porque una canción así le llega tan hondo; le hemos dicho que no sea cursi, aunque en realidad sus lágrimas se desatan pues en la vida fenecen tantas cosas, hay tanto brillo que desaparece, rostros que se esfuman, alegrías desvanecidas, que debería ser justificado si de pronto alguien puede llorar así en público. Ésa es una de las características de Charly, de pronto cualquier cosa hace presa de sus sentimientos y por eso se ha convertido en tan sentimental la convivencia con él, hay que proveerse de un buen pañuelo y estar dispuestos también a que lentas lágrimas derramadas sean una compañía constante.

Ella al principio no quería que Charly viviera con nosotros después de que regresara de su largo viaje, mientras que yo le tengo una simpatía de siempre. Es curioso, no soporto a los niños y él los ama, a mí qué me importa la niñez, mi propia niñez olvidada, porque, ¿a quién le interesa lo irrecorable, lo que se ha perdido?, sus voces y sus risas no me hacen recordar nada, mejor expreso mi envidia por su imaginación, por sus cualidades de fantasía, por la ingenuidad y sencillez de su existencia. Acostumbrado a dominar las situaciones, he vivido la pasión ferviente del amor, la exal-





tación de la violencia, la capacidad mística de la acción, qué ganas de tratar con un inocente, de convivir con él, si he permanecido insomne sumido en tentaciones extremas como si estuviera dispuesto a hablarle a la eternidad y levantarme de todas las caídas, pensando en una vida larga llena de arrebatos y de triunfos. Por su parte, Charly maneja la inocencia como si fuera un sili- cio ardiente torturando nuestros instantes, llenán- dos de confusión.

Tras la cortina ella lo observa, lleva horas sentado contemplando el vacío, entonces el perro enfermo camina y se cambia de lugar despacio, avanzando su lastimosa existencia, poniendo sus llagas ahí en el rin- cón; esos perros enfermos, esos perros; un venerable *hadith* del Islam enseña que una vez Jesús iba con sus discípulos y encontraron en el borde de una colina y junto a un riachuelo un perro muerto, era sólo un cadá- ver pestilente, entonces sus discípulos le expresaron al Señor: “¡qué horror, la carroña de un perro!”, el Señor se acercó a verlo y les dijo: “qué blanca es su dentadura, como si fuera hecha con perlas finas del mar, quiero imaginarlo vivo, ladrándole a la Luna, con qué poco se contentaba, qué ojos de amor tenía, cómo podía seguir a su amo para siempre” y así, donde los discípulos sola- mente veían un perro muerto lleno de hedor, Jesús veía a la criatura abandonada todavía con el vestigio de algo que había sido puro. Sé que el perro enfermo conmue- ve y ahí está Charly con él. El niño es distinto, pasa horas jugando con la seriedad con la que juegan los niños de todos los tiempos, de todos los lugares, jamás

se aburren; yo le digo a ella que es un niño terrible, que me da miedo porque no sé qué contenga su silencio, qué historia vaga en sus ojos, qué lastimaduras lleve en su corazón, pero la Bestia aterra más, abraza por sus hombros a Charly, le acaricia sus ojos, besa su frente, toma sus manos. No podemos hacer nada.

La costumbre de Charly de quedarse sentado horas en bancas de parques solitarios la ha explicado dicien- do que está haciendo neurotransmisiones, según él los ángeles han establecido una red de comunicación en la Tierra usando para ello el “movimiento de los cerebros concéntricos”, al que pertenece precisamente, sea lo que sea eso, el bueno de Charly; el significado de las neurotransmisiones o de los mensajes comunicados es uno de sus secretos, recientemente le ha dado por que- jarse, pues le duelen las bases de las orejas y culpa de ello al ser utilizado como antena por esos ángeles que, siendo así, me parecen muy abusivos; esa locura de los cerebros concéntricos no deja de causarme gracia, sobre todo por la hermosa denominación dada por Charly y es que, curiosamente, lo concéntrico es un símbolo de la alquimia antigua, es el centro de todos los círculos, es donde converge el destino. Charly no tiene conciencia de mí, pero yo sí de él.

Ella, con sus cabellos castaños recogidos en la nuca, tan tierna, y yo, dedicado a sobrevivir en un mundo que siempre me ha sido hostil, hemos aprendido a que- rerlo, ya le dijimos: “¿por qué te vas a los parques?, ¿por qué no te quedas en nuestro jardín y haces aquí tus neu- rotransmisiones?”. También ahí durante las tardes en la



enredadera centellea el follaje alumbrado por el Sol desde el poniente, y es que, como decía, últimamente nos ha dado miedo que vaya a perderse Charly en este universo de millones de seres, tragado por las grandes fauces de la ciudad, extraviado para siempre en sus oscuros laberintos. Sin embargo, en realidad no podemos retener a Charly y allá en la banca del parque, bajo la claridad de la luz que se basta siempre a sí misma, hundido en su dulce silencio, él es parte de las palabras de los ángeles y está bien que el Sol ilumine su frente, que esté cerca de la hierba, de las flores, de los arbustos, que la alegría prenda en sus ojos que lloran con tanta facilidad; y así, sin que nunca vaya a hacer caso de mis consejos ni de mis mandatos, que el aura brille alrededor de su cabeza coronado por esa suave luz indescriptible e indescifrable.

Fue ella quien finalmente me contó la historia que lleva al desenlace y es que ciertamente Charly ha vivido mucho y no es tan simple como pareciera andando torpemente en bicicleta, mirando descaradamente las piernas de las muchachas bonitas, comiendo chocolates. Me dijo ella rememorando sus palabras:

Charly me lo dijo el otro día con sus ojos fijos en la pared desnuda, se remontó cuarenta años atrás al pasado aquel cuando era niño, su padre lo había abandonado, su madre vivía triste todos los días, él jugaba solo, era un barrio en las orillas de la ciudad cerca de unas vías de ferrocarril y de un río delgado y pestilente, sus parques de tierra se engalanaban con árboles secos; una noche, regresando de comprar el pan de la cena oyó el maullido de un pequeño gato que estaba bajo la acera escondido tras la llanta de un carro, era blanco y sus ojos azules los distinguí en la oscuridad, eran de un azul intenso semejante a un cielo esplendoroso, qué bello era, alguien lo tiró ahí condenándose así al infierno; a Charly le emocionó el

gato, había aprendido a ser obediente y cuidadoso para no alterar a su madre quien todo el tiempo le mostraba el exceso de su sufrimiento; entró a su casa, dejó el pan en la mesa y fue a verla a *ella* en la cocina preparando la cena y le dijo que si podía quedarse con ese gato; ya disfrutaba él de pensar que iba a dormirse en su cama, que iba a ser un nuevo compañero para él; su madre, fastidiada, negó el permiso un buen rato hasta que después de los ruegos del niño, aceptó; cómo pueden ser insistentes los niños, salió él y buscó al pequeño gato donde estaba y no lo encontró, empezó a llamarlo, la noche tenía sus sonidos, los vagones del tren de carga a lo lejos con su ruido, el motor de algún carro en la avenida; cuando de pronto, sin que sus ojos pudieran escaparse de ver el asombro del martirio, vio al gato muerto ahorcado con un alambre puesto alrededor de su cuello y del tronco de un árbol; la imagen atacó su corazón, su mente, su alma, no pudo haber una sombra más terrible, volteó y del otro lado de la calle, iluminado de forma tétrica por un foco de luz amarillenta, a la entrada de su taller estaba Lucio, el mecánico, su rostro tenía una expresión de burla y Charly supo que él era el asesino; Charly corrió a su casa, no fue capaz de desatar el pequeño cuerpo del gato, se quiso esconder en el rincón más oscuro y no saber nunca del mundo ni de los seres humanos.

Desde luego Charly no es como es por esta historia, aunque termine por concluir que sin ese suceso tampoco sería Charly exactamente lo que es; esa historia permaneció oculta como si el olvido falso intentara curarla, pero las cicatrices arraigan en el alma sin desaparecer nunca. Entre la Bestia que está con él queriendo apoderarse de toda su persona, entre el perro enfermo que representa la fidelidad y la decadencia del ser, entre este niño silencioso, indefenso, aparece el recuerdo de la inocencia martirizada, cómplice por eso ahora de los

ángeles; al terminar ella de contarme lo que Charly le había relatado, decidí reflexionar sobre el mal y el bien, la muerte y la eternidad, el pasado y el porvenir, la amargura y la esperanza, la desdicha y el amor. De pronto quise ser como Charly, irme yo también a los parques, no para ser antena de los ángeles sino para meditar y por una vez en mi existencia desdoblarme de mi egoísmo y hacer algo; no bastaba con comprender o estimar a Charly, ni con poseerla a ella furiosamente durante las noches, ni con combatir los fracasos y evitar las desgracias.

Y así fue como empezó a crecer en mi ánimo una decisión inesperada, porque uno tiene la oportunidad de hacerlo, de levantarse hasta inmensidades donde el espíritu y la pasión están a sus anchas, construyendo en el vacío el espacio para ser; labrado de esa manera tuve en mis manos el filoso cuchillo de la venganza. No se lo comuniqué a nadie, la decisión estaba ya tomada; rogué al Señor ser uno de los justos y tener en mis manos la virtud y el arma de los furores; Dios antiguo, adorado por los pueblos, oh Dios del trueno y las tormentas, de las estrellas y los mares, Sol invicto, tierra fecunda, voy a marchar así por el camino y regresar al hogar, viendo las casas transformadas, las nuevas avenidas, los rieles abandonados, los árboles supervivientes. Dejamos ese barrio y es como si las bendiciones y la maldición se hubieran suspendido en mi existencia condenando mi vida a un limbo.

Oh día de la ira, concédeme que todavía exista el asesino, voy a arrastrar ahora mi existencia por esas calles, vestido con un abrigo negro, consciente de mi poderío, siervo de la fatalidad; así fue como llegué al viejo taller, ¿cómo es posible que haya sobrevivido cuarenta años?, era de noche y la calle seguía siendo oscura, sombras proyectadas por los faroles, ruidos nocturnos; al llegar a la puerta del taller quise que él estuviera solo, no por miedo a enfrentarme a más, pasa que íbamos a poseer juntos a la muerte y debía ser por ello un rito discreto y es cierto, qué fortuna, estaba ahí sentado, el mismo Lucio de siempre más viejo, moreno y feo, con la fealdad de su alma dibujada en su rostro, calvo, vestido con una camiseta sucia, me pareció tan insignificante jugando al solitario en una pequeña mesa, como si me aguardara, como si hubiera esperado cuarenta

años para que yo llegara ahí, convertido en el ángel de la venganza; porque son los demonios los verdaderos padres de los ángeles, porque los ángeles sólo se enaltecen a sí mismos luchando contra los demonios.

Alzó su rostro abotagado por el alcohol, yo caminé hacia él viniendo de un largo viaje, al tomar del bolsillo de mi abrigo la empuñadura del cuchillo recé para mis adentros una oración diciendo: “Dios, yo soy tu ángel, perdóname”; y pensé en Charly y en el pequeño gato y en la mujer que amo y le ordené al hombre: “levántate y mírame a los ojos”, su mirada fue de sorpresa, se puso de pie, trastabilló un poco y le dije: “déjame tomarte el cuello y preguntarte: ¿por qué lo hiciste?, ¿por qué destruiste la inocencia y la belleza?, ¿por qué lo martirizaste? y, ¿sabes? hoy es el día de la ira”, entonces alzó los brazos y me empujó, saqué el cuchillo con toda la determinación para la que me había preparado y lo hundi en su estómago y vi su mueca congelada un instante para mí, como el gesto que va a tener en el infierno, y así lo derribé cayendo a mis pies el criminal y sentí encendido en mi corazón la satisfacción de los dioses ancestrales; para humillarlo en su agonía puse mi pie sobre su pecho, doblé mi cuerpo, saqué el cuchillo provocando un borbotón de sangre como de una fuente primigenia, oí sus quejidos, no podía tenerle respeto, saqué el pañuelo con el que yo bromeo de las lágrimas de Charly, limpié el cuchillo y lo volví a guardar en el bolsillo de mi abrigo, caminé hacia la entrada, en ese momento reparé en el árbol enfrente, el álamo negro de hojas verdes y un gran tronco, tuvo que ser un alambre muy largo el que usó, lentamente me acerqué sin importarme el riesgo que corría de seguir ahí, me arrodillé ante el árbol y sollocé.

Yo sé que Charly se ha salvado porque el trastorno, el dolor y la paz que lo acompañan, esa Bestia que lo acaricia, ese perro enfermo fiel, ese niño callado no habrán de impedirle ir al paraíso rodeado de luz y amor, y yo sé que Rebeca lo ama más a él, mientras que yo no tengo redención, pues ya no soy humano, soy, hasta mi próximo fin, el ángel de la venganza y sé que los crisantemos estallan en el advenimiento de las estaciones y ya no hay camino de regreso y habré de estar solo en cielos devastados y llorar en el umbral de las sombras. [I]

Charly había tomado sus medicamentos, sus palabras describían lo más fervoroso de su historia, la presencia del perro, del niño y de la Bestia.